

José Enrique Rodó: *El Mirador de Próspero. Obras completas de José E. Rodó*, volumen IV. Edición oficial al cuidado de José Pedro Segundo. Barreiro y Ramos S. A., Montevideo, 1958, pp. 12-22.

## LA VUELTA DE JUAN CARLOS GÓMEZ

*Discurso pronunciado en representación del «Ateneo» y la prensa de Santiago de Chile, en el Cementerio de Montevideo, al ser traídos a la patria los restos de Juan Carlos Gómez, el 8 de octubre de 1905.*

Señores:

Hace sesenta años, cuando las sombras de una legendaria tiranía se levantaban a entenebreecer el horizonte de los pueblos del Plata, doblaban las cumbres de la Cordillera, toda vibrante todavía con los ecos triunfales de la epopeya de América, los prófugos y los proscriptos de una generación dispersada en la adolescencia por el trágico naufragio de la libertad.

Templada el alma en precoces pruebas e infortunios; hechos a la costumbre de lo grande y de lo heroico, como arrullados que fueron en la cuna por el estruendo de las armas emancipadoras; llenos de las inspiraciones del entusiasmo generoso que caldeaba entonces las corrientes del mundo en la más espléndida resurrección de idealidad y de arte que haya exaltado la mente humana desde los tiempos del Renacimiento, aquellos emigrados llevaban consigo a Santiago y Valparaíso, esa singular virtud de casi todas las emigraciones históricas, que, como si acrisolasen las almas por el desamparo y el dolor, infunden en ellas dobles bríos, así para el pensamiento como para la acción.

Junto a Mitre, a Sarmiento, a Juan María Gutiérrez, a Alberdi, a López, iba también en aquella luminosa pléyade, — que encontraría allí, para contender en los torneos de la inteligencia, rivales de la talla de Bello y de Lastarria, de Bilbao y de Montt — un hijo de Montevideo, salido de las filas de la juventud que desplegabá entonces, tímidamente, las primeras fuerzas de nuestra embrionaria intelectualidad. Este joven de veinte años era Juan Carlos Gómez, y acaso era el primer ciudadano de su país que llevaba a extrañas tierras, para que irradiasen fuera del horizonte del terruño, las luces de su espíritu.

De cómo irradiaron estas luces; de cómo se destacó gallarda la figura del escritor de Montevideo, desde que tomó de manos de Alberdi la pluma de *El Mercurio*, habla, señores, la ondulación de simpatía que, cruzando los Andes,

viene a incorporar al homenaje que nos congrega los recuerdos y los saludos de un pueblo.

Interpretando esta adhesión, he de hablaros de Juan Carlos Gómez. Yo no puedo traer su nombre a mis labios, representarme su personalidad subyugadora, sin que vea surgir simultáneamente con ella, y ordenarse a su alrededor, a la manera de un imponente fresco histórico, un espectáculo en que se resume la febril y dramática actividad de una generación que nació destinada colectivamente a la gloria. Toda una época me parece que despierta hoy y se reanima en presencia de este cadáver venerando, como por una evocación que transfigurase de súbito nuestro ambiente amortecido, llenándole de resplandores, músicas y aromas; toda una época, con sus ideas y sus pasiones, sus rudezas y sus ensueños, sus heroicidades y sus martirios. Y es que nadie tiene, respecto del alma de sus contemporáneos, más nitidez y fuerza representativas que Juan Carlos Gómez. De nadie con tal verdad puede decirse que quedó fiel, hasta morir, a los númenes de su juventud. Así, la tristeza nostálgica de sus últimos años no era sólo la del expatriado, sino también la del que se siente fuera de una época con la que se identificó absolutamente en espíritu. Medio siglo ha pasado ya desde que Juan Carlos Gómez partía para el destierro que debía prolongarse hasta después de la tumba. Si volviese a la vida, vería cómo el vertiginoso movimiento que impulsa hacia adelante los hombres y las cosas, ha renovado la fisonomía moral y material de su pueblo, partícipe de las transformaciones del mundo. No es ya Montevideo la ciudad humilde, ceñida por los arreos de su guerrear interminable, que él dejara al partir. En vano sus ojos buscarían aquel viejo «Fuerte de Gobierno», que él recordaba una vez, en su apenada ancianidad, con las melancolías y ternuras del proscrito; el viejo Fuerte, que los hombres de mi generación no hemos alcanzado a conocer, y entre cuyos muros de piedra se asentó el sillón presidencial de don Joaquín Suárez y se dio la norma de tanto valor y abnegación sublime. En la esfera de las ideas, si descendiera al fondo de nuestro espíritu, no se sentiría, ciertamente, menos desorientado. Derruidas o desiertas hallaría las aras de sus dioses. Esta selva que entretejen las almas se ha deshojado y ha brotado, desde su tiempo, muchas veces. Sólo como el son de una armonía lejana percibimos ya los ecos de aquella fulgurante revolución de las ideas que, en el primer tercio del pasado siglo, hechizó el pensamiento humano. Otra es hoy nuestra filosofía, otra nuestra literatura, otra nuestra concepción de infinitas cosas; otros son nuestros mentores y nuestros libros.

Pero lo que perpetúa, al través de tantos cambios, la oportunidad de homenajes como éste; lo que preserva en el tiempo la continuidad solidaria de las generaciones; lo que debe decirse, para honor de esta civilización cristiana, que mantiene, por encima de las mudanzas y los siglos, la enseña capitana del mundo, es que todas las escuelas, todos los criterios, todas las doctrinas, que con predominante y duradero influjo se han sucedido en su seno, arriban en definitiva a una misma conclusión, cuando se trata de fijar merecimientos y sanciones, y se transmiten la misma insustituible consigna: sólo la voluntad que

realiza el bien es sólido fundamento de gloria; sólo de la inteligencia, y nunca de la fuerza brutal, irradia luz y vida; sólo los hombres que han sido virtud, carácter, inteligencia, merecen el homenaje de los pueblos y el recuerdo de la posteridad!

Esas tres superioridades eternas: inteligencia, carácter y virtud, honramos en la apoteosis que hoy nos reúne. Sobre esa base triangular no hay pedestal de estatua que no resista a todas las fuerzas de la tierra! No ignoráis, señores, cómo, a pesar de ello, se ha discutido y se ha negado la razón de esta apoteosis. Quien tantas tempestades desató en vida, no podía incorporarse sobre su lecho de muerte sin provocar una vez más la tempestad. Entre tanto, hemos oído la palabra de los acusadores, y no sólo la declaramos vana e irreverente, sino contradictoria de imprescriptibles fueros de la conciencia humana. Jamás, jamás, en un pueblo libre, la profesión sincera de un modo personal de concebir la grandeza, el porvenir, los destinos de la patria, puede justificar el ostracismo, ni el anatema, ni el olvido de los más altos títulos y las más legítimas superioridades que enaltezcan a los hombres. El fecundo amor patrio es el que exige del ciudadano, no el sacrificio de la libre profesión de su pensamiento, en cuanto a las conveniencias e intereses del patrimonio común, sino la sinceridad del amor, y el desinterés con que esa sinceridad se abona, y el cumplimiento del cívico deber. Toda otra concepción del amor patrio no será sino estrecho e irracional fetichismo.

Nuestro pueblo ha purgado su historia de leyendas falaces; hemos reivindicado memorias gloriosas que obscureciera el fallo ajeno, y los altares del culto nacional están puestos sobre granito. Quien siga el desenvolvimiento de esa empresa de reivindicación, encontrará muy a menudo opuestos a sus reparadoras conclusiones los juicios históricos del escritor a quien hoy se glorifica. Pues bien: es cierto que Juan Carlos Gómez fulminó a personalidades a quienes el pueblo oriental ha decretado estatuas; pero no es menos cierto que Juan Carlos Gómez tendrá estatuas sobre el suelo oriental; y cuando el execrador y los execrados se confunden en la fraternidad sublime de la gloria, nadie tiene derecho a recordar las impiedades que les separaron en vida. Ni el uno ni los otros son ya miserables criaturas humanas, sino estatuas que perduran sobre el paso de las generaciones; y las estatuas, señores, no se odian entre sí, los mármoles y los bronce no se odian: en su serenidad olímpica, levantados sobre el nivel vulgar de los hombres, se miran y se comprenden!

Una concepción unilateral, y por lo tanto, falsa, de los hechos históricos, propagó un tiempo, en el Río de la Plata, que la obra de los grandes caudillos y la obra de los pensadores y organizadores civiles eran antinómicas e inconciliables. Del punto de vista de una de ellas, se condenaba inexorablemente a la otra. Pero si en la perspectiva engañosa, o mejor, en la ausencia de perspectiva de los contemporáneos, no era posible hallar la oculta armonía que relacionaba para el porvenir aquellas fuerzas contrapuestas, — y por igual necesarias, — de nuestro génesis, en las rememoraciones

glorificadoras de la posteridad hay cabida para el esfuerzo heroico del caudillo y para la labor austera del pensador. Y si la desconfianza, y el odio acaso, los separó mientras vivían, pacifiquémoslos y reconciliémoslos en la muerte; para que así como la misma tierra los abraza y el mismo cielo extiende sobre ellos la bendición de su serenidad infinita, la misma gratitud los arraigue en el recuerdo de las generaciones y el mismo culto los levante sobre las aras de la inmortalidad. Ésta es la filosofía del amor aplicada a la crítica de las cosas humanas, que es, en suma, también, la filosofía de la equidad y la verdad; y cuando en cercanos pueblos ella ha triunfado definitivamente sobre la inercia de los odios; cuando los patricios de Buenos Aires y los caudillos de las épicas *montoneras* se han reconciliado para el historiador en la armoniosa síntesis de la revolución de Mayo, bien podemos nosotros, al formar el trofeo de la patria, en esta hora de las póstumas justicias, bien podemos nosotros cruzar, en el trofeo de la patria, con la espada de Las Piedras y con la espada del Rincón, la pluma gloriosa de Juan Carlos Gómez!

Un día, la Convención francesa mandó que fueran quitados del Panteón Nacional los restos mortales de Mirabeau. Pasado cierto tiempo, dispuso que esos restos volvieran a ocupar su lugar entre los de los grandes hombres de Francia. Y Michelet, comentando estos dos actos, aparentemente contradictorios, declara que, si justa fue la Convención cuando expulsó de su pedestal de gloria al coloso de la tribuna, en castigo de las culpas que le imputaba, aun fue más justa cuando ordenó reponerle, porque aquella proscripción transitoria bastaba para sanción penal de tales culpas, y cumplida la severa condena, el varón preclaro debía levantarse de nuevo y para siempre en los altares de la patria agradecida. Yo me atrevo a afirmar que, si en el alma de los detractores de Juan Carlos Gómez hay un fondo de piedad histórica, de esa piedad histórica, señores, sin la cual los juicios de la posteridad no serían más que una lapidación insensata de las generaciones muertas por las generaciones vivas, ellos han de convenir alguna vez, por mucho que agiganten los que consideran sus desvaríos y que deformen las que llaman sus crueldades, — ya que nadie ha podido enterarnos de sus culpas, — ellos han de convenir alguna vez en que sus treinta años de destierro y abandono, no figurado, como el de Mirabeau, sino real y rebotante de amargura, son suficiente pena para que, desarmados ya todos los odios, creamos llegada la hora de traerle a reposar en el panteón de nuestros muertos ilustres!

Hay, por otra parte, un deber de reparación que nos obliga, con doble imperio, a la glorificación de nuestros hombres de pensamiento y de carácter civil. Ellos — aun más que nuestros hombres de guerra, — padecen hambre y sed de justicia! Porque el héroe de la acción, el caudillo de alta talla, el gran conductor de multitudes, si bien pudo merecer a veces campo más amplio para su intrepidez y su heroísmo, mayores empresas que aquellas que le deparó la condición del medio social y de la época en que tocó actuar; si pudo ser que encontrase estrecho ante su mirada el horizonte, mezquino el pedestal bajo su planta, tuvo a lo menos la compensación del valor y la obediencia de la

muchedumbre; la compensación de la actividad entusiasta, febril; del triunfo ruidoso; del perfume de gloria aspirado entre el olor de la pólvora y los vahos de la sangre; la compensación del que se siente comprendido, estimulado, seguido, identificado con ese corazón gigante del pueblo, cuyo ritmo resuena en los vítores de la plaza pública y en el estrépito marcial de las batallas. Pero los hombres de pensamiento, señores, en aquellos tiempos rudos y apenas suficientes para la acción instintiva y tumultuosa, ¡cuántas veces hubieron de experimentar las angustias del inadaptado y el incomprendido!... Teniendo fuerzas con que dominar desde las altas cumbres adonde converge la atención humana, sintieron sofocado su vuelo por la atmósfera estrecha de democracias semialdeanas, mal educadas y enfermizas; mereciendo el séquito alentador y el coro inteligente, vieron con frecuencia naufragar su palabra, cuando no en las sirtes del desconocimiento sañudo, en la desolación de la indiferencia silenciosa; palparon el desvalimiento de la idea inerme frente a la pasión desenfrenada; pasaron por todas las torturas de la soledad moral, de la asfixia del desequilibrio entre la superioridad personal y la insuficiencia del ambiente; y por eso, señores, por lo que sufrieron, por lo que su tiempo les fue ingrato, la posteridad vindicadora debe traer al homenaje que tribute a estos hombres doble suma de amor, doble suma de piedad; y por eso venimos a esta apoteosis con el corazón conmovido, aquellos que, por sobre la admiración de glorias menos puras, profesamos el culto y la fe del pensamiento.

Nadie como Juan Carlos Gómez personifica en nuestro pasado ese destino doloroso e injusto: en parte, por el estoicismo abstinente en que le enclaustró, desde antes de la madurez, una filosofía política más generosa que ceñida a las realidades del mundo; pero en mayor parte, ciertamente, por la cruel fatalidad de las cosas. Pudo ser el jefe civil de un gran partido, y apenas si fue, primero, su timonel precario e infortunado, en raras horas de borrasca, y luego, desde lejos, su tribuno sin acción, su amonestador, y casi su heterodoxo. Pudo ser un gran escritor, dotado de todas las seducciones y todos los prestigios con que la palabra que maneja el arte burila sentimientos e ideas en el corazón y el pensamiento de los hombres; y lo fue, sin duda, pero de la manera esbozada y fragmentaria como cabe serlo en la vertiginosa improvisación del diarismo. Pudo gobernar; levantar sus ideas, de la tribuna al Capitolio; gozar la satisfacción legítima del encumbramiento anhelado para hacer el bien y dejar obra memorable; y se inmoló, con abnegación antigua, en voluntario destierro, hasta morir semi-olvidado y pobre, procurando en la labor oscura de una cátedra el pan escaso de sus últimos días, pero aferrado con fidelidad inquebrantable al amor del suelo natal, a pesar de los triunfos y los honores con que brindaba a sus dotes eminentes la escena cívica de un grande y próspero pueblo.

Personificó, por la feliz armonía de sus dotes, su propio ideal de democracia culta, no reñida, sino connaturalizada con el orden y la selección. En nuestra historia, no hallo figura que con tal brillo represente al *gentilhombre*, al patricio, de una sociedad republicana. Porque él lo tuvo todo: el pensamiento

penetrante y la palabra que lo esculpe en forma que no perece; el corazón generoso y la voluntad que convierte sus palpitations en impulsos eficaces y enérgicos; la austeridad estoica y la delicadeza exquisita; el favor de las gracias y las armas del combate: soberbio ejemplar de superioridad humana, que, en escenario más vasto, hubiera dejado esculpida su figura en el mármol que contemplan con arrobamiento las naciones y los tiempos.

Aun para aquellos que no acierten a ver la superioridad del hombre de acción y del político, siempre se destacará avasalladora la faz del escritor. Su palabra de fuego es de las que parecen capaces de conmover y entusiasmar a los mismos contra quienes van dirigidas. Yo no conozco publicista del Río de la Plata que haya tenido en más alto grado que Juan Carlos Gómez la unción del inspirado, del apóstol. Todo lo que salía de su pluma venía envuelto en ese poder magnético que se impone instantáneamente y por medios superiores a los de la reflexión y el análisis; que subyuga, más que convence; que arrebató, más que adoctrina. Lo que en otros es convicción, en él era fe; lo que en otros es raciocinio, en él era inspiración; lo que en otros es faena de crítico, en él era fervor de iluminado. Nadie más distante de aquella serenidad reflexiva, y aquella igualdad de ánimo, y aquella expresión sobria y desnuda, que caracterizaron a Florencio Varela, su precursor en la propaganda de la libertad. La polémica era el campo donde se agigantaba. En cuanto polemista, sólo Sarmiento, entre los escritores que fueron sus conmlitones o sus enemigos, podría disputarle el primer puesto. Pero en Sarmiento la fuerza rara vez se armoniza con la gracia y la medida escultural. Hay algo de abrupto, de desproporcionado, de inarmónico, en la formidable clava de ese Hércules debelador de monstruos y tiranos. En Juan Carlos Gómez, el golpe, no menos irresistible y certero, guarda constantemente el ritmo de la elegancia gladiatoria. Así como, ni aun en las mayores vehemencias de su alma apasionada, pierde el sentido de una caballeresca dignidad, así, aun en el ímpetu de la contradicción y el encarnizamiento de la lucha, mantiene la nota escogida del buen gusto. Y cuando exhumamos sus escritos, por entre aquello que el tiempo ha inevitablemente marchitado, nos sorprenden a menudo un pensamiento, una imagen, una frase, de inolvidable y escultórica belleza, como en las despedazadas ruinas atrae tal vez la mirada del viajero una columna trunca o el torso divino de una estatua.

Tal fue el escritor; tal fue el luchador; tal fue el apóstol.

Señores: Alta es la idea de la patria; pero en los pueblos de la América latina, en esta viva armonía de naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición, de la raza, de las instituciones, del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo aún más alto que la idea de la patria, y es la idea de la América: la idea de la América, concebida como una grande e imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunos; desde el golfo de Méjico hasta los hielos sempiternos del Sur.

Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una u otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana.

Significando, pues, esa íntima solidaridad, por la cual lo que enaltece y honra a alguno de nuestros pueblos los honra y enaltece a todos; significando también el afecto y la gratitud que perpetúan en la memoria de Chile los esfuerzos con que el proscrito de Montevideo contribuyó, desde su cátedra de *El Mercurio*, a dilucidar los problemas de la organización de aquella culta y poderosa República, que hoy se levanta tan alto en la civilización y la riqueza del Continente, yo, honrado con la representación de la prensa y el Ateneo de Santiago, dejo las flores que me envían para la tumba de Juan Carlos Gómez.